

ÍNDICE

Justificación.....	13
Entrevista al Dr. Antonio-Miguel Bernal.....	15
por SANTIAGO TINOCO RUBIALES	

COMITÉ DE HONOR

GONZALO ANES Y ÁLVAREZ DE CASTRILLÓN, El reinado de Carlos II y la España de la decadencia	39
MIGUEL ARTOLA GALLEGO, La naturaleza de las Indias.....	79
JOSEP FONTANA, Sobre la crítica del reformismo (y sobre el método crítico de Antonio-Miguel Bernal).....	97
JORDI NADAL, Germanofilia impenitente y chantaje infructuoso a Francia del rey de España, al término de la Primera Guerra Mundial	111
NICOLÁS SÁNCHEZ-ALBORNOZ, La sustitución de la energía humana por la animal en las Indias.....	125

ANDALUCÍA

ANTONIO COLLANTES DE TERÁN SÁNCHEZ, Teoría y práctica de la obligación fiscal en la Andalucía bajomedieval: impuestos directos versus impuestos indirectos.....	145
ELOY FERNÁNDEZ CLEMENTE, Un gran portugués en Andalucía: J. Oliveira Martíns en las minas de Santa Eufemia de Córdoba (1870-1874).....	165

ANTONIO LUIS LÓPEZ MARTÍNEZ, La inversión en ganaderías de lidia en Andalucía en el siglo XIX: compras, pignoraciones y sociedades de explotación.....	187
BLANCA SÁNCHEZ ALONSO, Reflexiones sobre la emigración andaluza a América en los siglos XIX y XX.....	205
ANDRÉS SÁNCHEZ PICÓN, Javier de Burgos, un lobby local y el debate sobre la privatización minera en el Trienio liberal	225
PEDRO TEDDE DE LORCA, Los orígenes de la banca de emisión en Andalucía: el Banco de Cádiz (1846-1869).....	251
JUAN FRANCISCO ZAMBRANA PINEDA, Notas sobre las cooperativas oliveras andaluzas, 1940-1986.....	267

ESPAÑA

EMILIANO FERNÁNDEZ DE PINEDO Y FERNÁNDEZ, Abastecimiento y consumo de carnes en Bilbao en el siglo XVII	295
JOSÉ LUIS GARCÍA DELGADO, Ciclos económicos de la democracia española: un apunte.....	311
ÁNGEL GARCÍA SANZ, Paños segovianos para Sevilla e Indias, siglo XVI.....	325
ANTONIO GÓMEZ MENDOZA, Siempre en el cumpleaños de la reina Victoria: la Compañía Española de Minas de Río Tinto, 1954/1960.....	337
ESTEBAN HERNÁNDEZ ESTEVE, La Santa Sede y Francia contra Felipe II, 1556. Destino de los fondos reunidos en España para la guerra	357
ANTONIO M. MACÍAS HERNÁNDEZ, Crédito y rédito en el comercio atlántico del vino, 1563-1639.....	389
JORDI MALUQUER DE MOTES, El turismo, factor de crecimiento de las economías de la Europa latina. Una comparación (1996-2012).....	413

JOSÉ IGNACIO MARTÍNEZ RUIZ, La captura del Sampson, el St George y el St Salvador en 1652 y la historia monetaria de Inglaterra.....	423
JOSÉ MARÍA O'KEAN, Crisis económica y retos del futuro: la decadencia de España.....	441

LAS INDIAS

LUIS ALONSO ÁLVAREZ, El impacto de la conquista en la agricultura filipina, 1565-1593.....	463
JOSEP M. DELGADO, Una visión no retórica del comercio libre: la Representación al Rey del Comercio de Barcelona de 9 de febrero de 1788.....	489
AGUSTÍN GUIMERÁ, Teoría y práctica del imperio: el Secretario de Marina e Indias Antonio Valdés en la Junta de Estado (1787-1792).....	513
ELOY MARTÍN CORRALES, Orán, entre fortaleza y mercado (1509-1792).....	545
CARLOS MARTÍNEZ SHAW, El «Extracto Historial» de Antonio Álvarez de Abreu. Contexto y contenido	565
JOSÉ MARÍA OLIVA MELGAR, Delito fiscal y perdón negociado en la Carrera de Indias: el indulto pactado en 1662	583
LEANDRO PRADOS DE LA ESCOSURA, La economía de Hispanoamérica en el medio siglo tras la independencia: una reevaluación	609

ENTREVISTA AL DR. ANTONIO-MIGUEL BERNAL

Doble enhorabuena, Profesor Bernal, por sus 45 cursos de actividad académica y, desde el pasado año 2011, por su activísima jubilación. Y muchas gracias por atender a esta entrevista.

PREGUNTA (P). *Vinculado familiarmente a la Campiña sevillana, buena parte de su obra parece reflejar el sello rural de esas vivencias. Pero, la vertiente mercantil de sus investigaciones, ¿dónde se fundamenta?*

RESPUESTA (R). Con trece años –1954– salí de El Coronil, para continuar estudios de Bachillerato en Sevilla y después en la Escuela Normal. Durante ese tiempo, y pese a la intermitencia, mantuve unas vivencias profundas con el medio rural donde nació. Conocí a fondo el campo y su mundo, y eso, sin duda, se dejó sentir más tarde en mis iniciales preferencias investigadoras. De igual modo, y por idéntica razón de vividuría personal, conocí directamente el mundo de la actividad mercantil. Mis vivencias infantiles me traen memoria de facturas, albaranes, letras de cambio, etc. Así que, antes de mi llegada a Sevilla, en octubre de 1954, mundo rural y actividad mercantil me resultaban igualmente familiares.

P. *Ya en la Universidad de Sevilla, ¿por qué la Licenciatura de Historia?*

R. Mis inclinaciones universitarias a partir de 1960 –tras los estudios de Magisterio–, fueron por vías muy diversas. Me atrajo el mundo clásico y la lingüística, por influencia, sin duda, de Agustín García Calvo, y me apliqué un tiempo a ello. También me atraía el entorno de la historia del pensamiento –el mundo de la cultura, de lo social, de la política, o la historia comparada de las religiones–. Así mismo, las cuestiones relacionadas con la economía y los conflictos sociales, y varias cosas más. En último término, la decisión

de elegir Historia fue puramente familiar y burocrática: era becario, mi padre acababa de fallecer y, dada la conveniencia de permanecer en Sevilla, la única opción disponible por entonces en Letras era estudiar Historia. Y opté por la rama de Historia General, que, de algún modo, dejaba abierto el portillo a algunas de mis preferencias en aquellos otros campos ya mencionados, por si podía desarrollarlas en el futuro. Lo que circunstancialmente sucedería más tarde.

- P. *¿Y algún temprano referente para su reconocida capacidad docente?*
- R. Siempre aprende uno de sus maestros, y tuve algunos excelentes. Aunque pocos, pues en la década de los años cincuenta el país no daba para mucho, cuando aún eran visibles los efectos inmisericordes del «atroz desmoche» en la enseñanza. Tuve la suerte de que mi padre nos orientó desde el inicio, a mi hermano y a mí, hacia una enseñanza laica –opción nada habitual en pueblos de agricultores y en postguerra–. En dicha dirección, tuve el placer de encontrarme con excelentes maestros que provenían, por formación, relaciones y ejercicio, de la Institución Libre de Enseñanza. Maestros con señales aún visibles de las depuraciones soportadas, mas conservando arrestos de dignidad personal y docente. Recuerdo siempre con agradecimiento, en mis estudios en el Instituto y en la Escuela Normal, a don Ángel Martín Moreno. Y, ya en la Universidad, al medievalista don Juan de Mata Carriazo, quien fuera responsable del Instituto Escuela de Sevilla, y a través del cual trabé temprano contacto personal con don Ramón Carande. Luego, de los profesores jóvenes de la postguerra, fue decisivo el magisterio de Agustín García Calvo, con unas facultades excepcionales para la docencia y la investigación, así como en tantas otras facetas del conocimiento, del saber y de las artes. En definitiva, pocos maestros, pero excelentes, y a cuya memoria le estoy agradecido. No hay nada más vil que la ingratitud, pues, como recordaba Ulises, la ingratitud, que convierte a los hombres en malvados, no los hace más sabios. En fin, salvo excepción, fueron tiempos tristes y de mediocridad universitaria.
- P. *A lo largo de los años sesenta conecta usted con líneas renovadoras en las ciencias sociales: materialismo histórico, cuantitativismo e historia serial, estructuralismo, interdisciplinaridad. En período formativo aún, ¿cómo se dejaron sentir los resultados de tales contactos? ¿A través de qué cauces?*

R. Bueno, también por lecturas, por entonces muy asequibles en traducciones de los años de 1920-1930, fui conocedor discreto de la historia institucional de tradición germánica. Pero, en efecto, pasar por París era todo un regalo para quien se formaba como historiador y para adentrarse en otros modos de vida y en corrientes de pensamiento –político, social, etc.–, que en España estaban vedados, reprimidos o desconocidos. Soplaban aquí renovados vientos huracanados contra quienes, aun de manera mesurada, aparecían relacionados con los afanes de aperturismo, cada vez más imparables en los ámbitos estudiantil y obrero. Terminada la Licenciatura, mis opciones universitarias en Sevilla fueron nulas, inclusive en la enseñanza media, de la que fui apartado tras solo cinco días de clase.

Providencialmente, en aquel entorno de desánimo, trabé conocimiento, en 1966, con Pierre Ponsot, que recorría archivos a la búsqueda de documentación para integrar en su Tesis de Estado sobre Andalucía en los siglos XVI al XIX. Ponsot me tomó de auxiliar en las incursiones archivísticas y, poco a poco, me familiaricé con fuentes demográficas, diezmos, precios, salarios, renta de la tierra; con cuestiones señoriales, ciclos, coyunturas, crisis, etc. Don Ramón Carande, a quien ya conocía desde mis estudios de Licenciatura, nos recibía de vez en cuando en su casa. En ella tuve la oportunidad de conocer, en 1967, a Gonzalo Anes, quien me animó a bucear en archivos andaluces –nobiliarios, municipales, privados–, mi posible tema de tesis. Conocedor de mis inquietudes, puso en mis manos un ejemplar de *Rebeldes Primitivos*, como sugerencia.

Dado que mi formación era a todas luces inadecuada, si me adentraba por vericuetos profesionales de la Historia económica, dada la inviable opción de vincularme a la Universidad Hispalense, y dada la situación de conflictividad político-social cada vez más sofocante –y que ya me había provocado algún que otro rasguño–, mis providenciales mentores me animaron y ayudaron a marchar a París. Lo que hice en 1968, con un puesto de profesor en el Liceo Joliot-Curie, en Nanterre, en cuya ciudad universitaria residí.

Desde el primer momento mi vinculación personal universitaria fue con Pierre Vilar, para quien llevaba cartas de presentación. Me inscribí en l'École Pratique des Hautes Études, para seguir un curso con Ernest Labrousse. A continuación, en el Institut d' Histoire Économique et Sociale, con Vilar. Y, por un azar fortuito, en el Collège de France, con Fernand Braudel. Al tiempo

que seguía cursos de economía y estadística. De esta manera recibí por entonces el impulso final para decantarme por la Historia económica y tejer relaciones colaterales, tan determinantes como fructíferas, para imprimir aceleración a mi formación y aprendizaje. Era como si estuviese realizando de nuevo una Licenciatura en Historia. Comprendí el atraso y mediocridad de mi formación adquirida en la Universidad de Sevilla de la época. Eran mundos que en aquellos momentos estaban a distancia sideral. Por ello, siempre estaré sumamente agradecido a dicha Universidad Hispalense y, con anterioridad, a la Inspección de Enseñanza Media por no admitirme por entonces en su seno, como investigador o docente, ya que me abrieron las puertas al conocimiento.

- P. *Sin embargo, poco más tarde alternaría sus investigaciones históricas, personales e independientes –que desembocarían, en 1973, en su Tesis de doctorado sobre La lucha por la tierra en la crisis del Antiguo Régimen–, con actividad docente..., en Geografía.*
- R. Mi posterior vinculación con la Universidad Hispalense, en los años a que se refiere, fue circunstancial. Como ya le dije, terminada la Licenciatura, y pese a reunir con excelencia los requisitos requeridos, no pude incorporarme a la institución como becario de investigación en Historia. Cuando desde París regresé a Sevilla lo hice como miembro del equipo interdisciplinar de la Casa de Velázquez, dirigido por François Chevalier, y en el seno del Centre Nationale de la Recherche Scientifique, para estudiar los problemas del *Midi de l'Espagne*. Resultado de aquella actividad fue la publicación de artículos en los *Mélanges de la Casa de Velázquez*, traducidos por Jean Paul Le Flem, y varios libros, entre ellos el publicado en París, y en colaboración, sobre *Les campagnes se-villanes aux XIXe-XXe siècles*, que tuvo una excelente acogida entre los geógrafos españoles. Tales circunstancias me abrieron las puertas de la Universidad de Sevilla, aunque, efectivamente, en Geografía. El catedrático de la disciplina, recién incorporado, me propuso que colaborase en la cátedra, conocedores ambos de que mis intenciones académicas –si es que podía sacarlas adelante–, eran adentrarme por los caminos de la Historia Económica.

Esta colaboración se mantuvo firme mientras fui miembro de la Casa de Velázquez varios años, durante los cuales terminé, en efecto, la tesis emprendida siete u ocho años atrás. Mi posición de profesor de Geografía me vino bien, pues para optar a una plaza de Universidad se requerían al menos dos años de docencia

reconocidos. Intenté de nuevo mi adscripción a los estudios de Historia, al crearse en Sevilla la Facultad de Ciencias Empresariales. Eran tiempos más aperturistas y contaba con el respaldo de Carande para un puesto de profesor interino de Historia Económica. Pero tampoco pudo ser. En esta tesitura, Gonzalo Anes me hizo saber que se creaba una Facultad de Ciencias Económicas en la Universidad de La Laguna, que buscaba un profesor de Historia Económica y que yo podría optar a una interinidad, contando con su aval y con el de José Luis Sampedro. Con la anuencia decidida de Isabel, mi mujer, no lo dudé, y en septiembre de 1976 tomé rumbo a Canarias.

P. *Desde aquellos inicios alterna usted trabajos individuales con otros en colaboración. ¿Se cimentaban las bases de su larga trayectoria investigadora?*

R. Lo de aunar investigaciones personales con trabajos en equipo me vino de mis años en la Casa de Velázquez, gracias a una interdisciplinariedad, temática y cronológica, que resultaría siempre gratificante.

De otro lado, en Sevilla tenía compañeros y amigos con quienes al regreso de París tuve la fortuna de retomar contactos y emprender trabajos que se complementaban. Me refiero al medievalista Antonio Collantes de Terán. Luego se nos incorporó Antonio García-Baquero, a quien conocí a través de José Francisco «Quisco» de la Peña. La relación generada dio varios resultados: artículo con Quisco, presentado al primer Congreso de Historia Económica, celebrado en Barcelona, en 1973; otro con Collantes de Terán en la *Settimana di Studi*, de Prato; el libro con García-Baquero, *Tres siglos de comercio sevillano (1598-1869)*, etc. Una relación que se fortaleció a raíz del proyecto llevado a cabo sobre el Consulado de Sevilla, tras haber detectado e identificado, de manera rocambolesca, el fondo documental del mismo. Una petición que, desde la Cámara de Comercio, Industria y Navegación—donde se encontraba dicho fondo—, me hizo Miguel Sánchez Montes de Oca, sería el origen de aquel libro. Poco más tarde, tras la concesión de una Beca March para equipos de investigación, gracias al apoyo recibido de don Antonio Domínguez Ortiz, se hizo realidad el proyecto sobre la transición de los gremios a la industrialización.

A aquel núcleo se fueron vinculando jóvenes que se iniciaban en las tareas de investigación. Así, en el proyecto sobre el Consulado pude contar, sobre todo, con la colaboración de Antonio

Luis López Martínez y Antonio Florencio Puntas –recién licenciados en la Universidad de Sevilla–; y en otros proyectos con miembros del variopinto conjunto de alumnos de Sevilla que siguieron estudios de Historia en la Universidad de Barcelona –entre los que usted se encontraba–, gracias a que contamos en aquel centro con el enlace inestimable y la ayuda generosa de Carlos Martínez Shaw. Con posterioridad, y a partir de mi regreso a Sevilla en 1982, aquellos jóvenes nutrieron el Departamento de Historia Económica de la Universidad de Sevilla.

- P. *Y, en efecto, en 1976 parte usted para Tenerife. Durante seis cursos, en plena Transición, desempeñará en la Universidad de La Laguna diversas tareas universitarias. Etapa bien fructífera, ¿no es cierto?*
- R. A Canarias llegué como profesor agregado interino de Historia Económica. Era el segundo profesor que se incorporaba a la Facultad –el primero fue Gumersindo Trujillo, decano–, y hube de asumir la Secretaría de la Facultad. Juntos la pusimos en marcha y, en efecto, hube de involucrarme, además de dedicarme a la docencia y a la investigación, en las tareas de administración y de gestión. Un precio a pagar, siempre que uno sea consciente de que se trata de una actividad transitoria y, a ser posible, breve. Más tarde, en el equipo de gobierno de la Universidad, y como primer Vicerrector, estuve encargado de Asuntos Económicos.

Fueron años, los de La Laguna, enriquecedores: empecé a conocer el mundo atlántico; inicié mis primeros contactos con colegas latinoamericanos; tuve la oportunidad de organizar eventos y coloquios científicos, nacionales e internacionales, que me ayudaron a ampliar mis horizontes hacia una historia más global. En dicha tarea, y desde mi llegada, conté con el apoyo decidido de don Antonio de Bethencourt Massieu, rector de la Universidad y catedrático de Historia Moderna, así como con la colaboración científica y amical, mantenida desde entonces y hasta ahora, de dos de sus discípulos más brillantes, Antonio Macías y Agustín Guimerá.

- P. *Rasgo distintivo de su trayectoria es proseguir con investigaciones «nucleares» y fundamentales en Historia Económica, imprimirles nuevas orientaciones o abrir nuevas líneas. Las más de las veces, simultaneando las opciones. ¿Por generosidad de las fuentes? ¿Por amplitud de intereses al calor de sus propias experiencias profesionales?*

R. En lo de la generosidad de las fuentes tiene razón. Mi personal vocación, y las opciones tan favorables que siempre tuve para poder dedicarme a la investigación en fuentes primarias, no hicieron sino estimular mis inquietudes investigadoras. Bien es cierto que tuve suerte en mis pesquisas –accedí con frecuencia a núcleos documentales excepcionales, cuando casi todo estaba por hacer en la Historia Económica–. Y conté con generosas ayudas: desde el incipiente aprendizaje con Pierre Ponsot por archivos andaluces al apoyo, entre otros, de Braudel y Vilar; la experiencia de los siete años de colaboración investigadora con la Casa de Velázquez y con su director, François Chevalier, o las ayudas recibidas de instituciones como la Fundación Juan March, Cámara de Comercio de Sevilla, Banco de España, Instituto de Crédito Oficial... Y, desde luego, las gratificantes actividades que me vincularon a Gonzalo Anes, Miguel Artola, Josep Fontana, Emili Giralt, Jordi Nadal, Felipe Ruiz Martín... ¡Y el largo etcétera que ha jalonado mi trayectoria académica!

P. *Parece que no se preocupó usted ni persiguió «crear escuela». Mas, de otro lado, no ha cesado de ofrecer nuevas investigaciones, temas y directrices a quienes se inician en las tareas históricas. Y no solo en los ámbitos universitarios canario y sevillano, donde ha ejercido docencia. Sus numerosos prólogos pueden utilizarse como indicadores de dirección efectiva de tesis de licenciatura y de doctorado. Incluso en algunos casos firma con otros compañeros y bajo seudónimo –tal vez el primer caso conocido en nuestro ámbito–, como en aquel *Colectivo-78*, que diera tan relevantes resultados sobre la historia canaria.*

R. Fue, a la que alude, una decisión que adopté desde el convencimiento más firme y acorde intelectualmente con mis ideas. Es la relación de maestro-discípulos, como se sabe, una cuestión ya muy debatida desde la antigüedad socrática y que reaparece de continuo en las corrientes de pensamiento europeo de naturaleza crítica, de corte ilustrado y liberal y de quehacer intelectual independiente. No hay nada más triste en la actividad creativa del conocimiento que los pseudomaestros replicados por pseudodiscípulos, cuando ni unos ni otros tienen nada que enseñar ni que aprender. Los llamados «discípulos», las más de las veces, no van más allá de clonar a unos maestros cuya enseñanza e investigación resultan, a su vez, más repetitiva que creadora.

Por eso, de manera deliberada, he intentado transmitir independencia de actuación y pensamiento crítico y estimular a quienes se

me acercaban a emprender tareas investigadoras para que buscasen su propia opción. Y algo me parece haber logrado en esa dirección, pues, como es notorio, pese a haber inspirado y encauzado no se ya cuántas investigaciones, culminadas como tesis doctorales las más de las veces, resigné en su totalidad la acción burocrática y administrativa de dirección de las mismas, figurando otros doctores como responsables. Lo cual me ha permitido, con comodidad, diseñar el escenario –que siempre he buscado–, de una relación intelectual abierta, independiente, no coactiva, pero sí crítica, con quienes se me aproximaban por razones de investigación. No aceptando jamás que sus trabajos personales se convirtiesen en meros apéndices de mis propias investigaciones. Algo que, por suerte, puede permitirse en las ciencias sociales. He puesto, con leal saber y entender, y en cuanto me ha sido posible, a disposición de dichas personas mis propias inquietudes, mis dudas, así como el conocimiento y materiales acumulados por mi experiencia en archivos y por mi formación teórica y metodológica hasta donde yo podía alcanzar, y en cada momento.

Por otro lado, me he encontrado a gusto –aun con limitaciones y fallos–, en primera línea investigadora, buscando innovaciones temáticas, teóricas y metodológicas, abriendo nuevos surcos, aunque en ocasiones las imperfecciones quedasen en evidencia. Nunca me ha interesado clonar trabajos ya realizados por otros colegas españoles o extranjeros, ni dedicar mi tiempo a refrendar lo ya dicho por otros. Perder el tiempo en repetir lo dicho me ha parecido un ejercicio banal y un tanto estúpido. Y es algo que parece estar de actualidad, con la moda de escribir «libro de libros», sin necesidad de soporte investigador, haciendo refritos más o menos aseados, aunque sin valor creativo para el conocimiento histórico.

Y he huido de escuelas conventuales, del gremialismo espurio o de grupitos ideológicos sectarios, donde suele estar ausente la crítica necesaria e insoslayable de cualquier quehacer científico, a lo «Juan Palomo». Se trata, a mi entender, de unos *lobbies* de creatividad fallida y de rasgos ovejunos, todos balando el mismo soniquete.

- P. *No obstante, usted ha mantenido presencia activa –aunque a su aire–, en seminarios y foros internacionales – Pau, Prato, Madrid, Barcelona, Nápoles, etc.–, que de alguna manera trascienden a sus propias investigaciones.*

R. Es cierto que he procurado contactar con grupos y foros de investigación –nacionales e internacionales– que mejorasen mi formación, o con los que entendí que podían ser útiles a mis propias investigaciones. A tal respecto, la relación más destacada, en mis comienzos, fue la temprana toma de contacto con el grupo catalán, que resultó determinante para cimentar unas relaciones fructíferas. A través del grupo de Burdeos, que era por entonces el foco principal del hispanismo francés, trabé una firme relación con el círculo formado en torno a Burdeos y Pau sobre la Historia Contemporánea de España. A través de la Casa de Velázquez entré en relación con don Felipe Ruiz Martín y, con él, con la Settimana de Prato. Más tarde, al incorporarme durante varios años como profesor del Corso de Prato, mi relación italiana se amplió, a raíz de actividades conjuntas realizadas en Nápoles y España con el profesor Luigi de Rosa. Hacia la América hispánica, mis relaciones han sido más personales que institucionales, pero no menos intensas, con firmes contactos en México, Colombia y Argentina –estos venían de atrás, con Nicolás Sánchez Albornoz–. Y más o menos del mismo tenor han sido mis relaciones con británicos, portugueses, alemanes, norteamericanos, etc.

Del mismo modo, y cuando he sido requerido para ello, entré a formar parte de consejos editoriales de revistas nacionales e internacionales, de editoriales, incluso. El aislamiento investigador es mal consejero.

- P. *Durante la Transición la historia regional conoció un fuerte impulso. Usted contribuyó al éxito historiográfico y empresarial, en 1980, de la Historia de Andalucía. Junto al auge de la cartografía histórica, la estadística, las memorias, etc., ¿también las historias locales y regionales resultaron ser soportes válidos para reducir déficits historiográficos arrastrados?*
- R. Tras varios intentos fallidos durante el final del franquismo de elaborar historias regionales, y en los que estaba prevista mi colaboración como responsable de proyectos que no llegaron a cuajar, al inicio de la Transición se puso en marcha uno de más calado y envergadura editorial. Proyecto planeado por la Editorial Planeta, con un equipo organizado por Antonio Prieto, y en el que nos integramos desde el principio José Enrique López de Coca, Manuel González Jiménez y yo mismo, con el encargo de diseñar contenidos y completar la lista de colaboradores. Hacía falta una figura señera, que sirviese de aglutinador y de equilibrio, y todos

coincidimos que no podía ser otro que don Antonio Domínguez Ortiz, quien aceptó. El éxito editorial de aquella *Historia de Andalucía* nos sorprendió a todos, y la obra se convirtió en punto indiscutible de inflexión respecto al posterior desarrollo de la historiografía andaluza.

Sobre los otros proyectos a los que usted alude –en Andalucía, Canarias, etc.–, o sobre mi atención a las historias locales, provinciales y regionales, a la historia empresarial y de la contabilidad, a las estadísticas y memorias históricas; a la edición de obras de autores clásicos y manuscritos de interés singular –véanse los ejemplos sobre el ilustrado Nava y Grimón, el anarcosindicalista Antonio Rosado–, o historias de empresas –como la eléctrica «Sevillana»–, sin duda tuvieron mucho que ver con el ambiente propicio de aquellos años, en lo referente a la recuperación de documentos y textos inéditos relevantes para la Historia Económica y Social, o bien para profundizar en estudios estructurales y/o macroeconómicos que nos ponían en contacto directo con una realidad regional que estaba por entonces en plena ebullición y transformación, a raíz de la implantación del Estado de las Autonomías. Los Institutos Regionales de Desarrollo facilitaban dichas líneas de investigación, así como la Asociación Española de Estudios Regionales –que por entonces formamos–, y la aparición de revistas regionales. De otro lado, desde la creación de la Asociación de Historia Social procuramos mantener vivo el enlace necesario que debe existir entre la Historia Social y la Historia Económica, en la mejor tradición de lo que fuera la Economía política.

- P. *Aquel Primer Congreso sobre Archivos económicos de entidades privadas, organizado por el Banco de España en 1982, como Homenaje a don Ramón Carande, y en el que usted participó, a punto ya de regresar como catedrático a la Universidad de Sevilla, ¿significó, en cierto modo, el arranque para una reinterpretación de la empresa y el empresariado españoles –tan denostados por la historiografía de la Decadencia– y en línea con los brillantes estudios iniciales de don Felipe Ruiz Martín?*
- R. En efecto, a aquel congreso pionero se presentaron aportaciones que resultaron ser de interés para investigaciones futuras. Desde entonces los estudios sobre empresa y empresarios en España tomaron vuelo, recuperando a pasos agigantados el retraso acumulado en dicha parcela. Sin duda, se abrieron nuevas perspectivas, de

las que, como señala, don Felipe Ruiz Martín había sido un claro precursor, en el congreso de Munich, por ejemplo. Y coadyuvaron también tales aportaciones al desarrollo de estudios que emprendimos un pequeño grupo de investigadores sobre la Historia de la Contabilidad, con el soporte esencial de Esteban Hernández Esteve, desde el propio Banco de España, y más tarde desde la Asociación Española de Contabilidad y Administración de Empresas y la revista *De Computis*.

- P. *Profesor Bernal, de regreso a Sevilla, y en su Universidad-Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales desde el curso 1982-1983 hasta el 2010-11, ¿podríamos acotar este «largo plazo» investigador en dos ciclos: el primero, de 1982 a 1993, año de publicación de La financiación de la Carrera de Indias –finalista del Premio Nacional de Historia de dicho año–, y un segundo ciclo, de 1993 a 2011, en el que publica España, proyecto inacabado. Costes/Beneficios del Imperio (2005) –Premio Nacional de Historia 2006–, seguido de Monarquía e Imperio (2007), y recibe, en el año 2011, el Premio de la Asociación Española de Historia Económica a la Trayectoria Académica?*
- R. Mi regreso a Sevilla en 1982 supuso una reorientación en el rumbo de mis preocupaciones temáticas en la Historia Económica. Mi inmersión durante años en el Archivo General de Indias –contando con la ayuda de Isabel–, me permitió un chequeo a fondo de algunos núcleos documentales que habían escapado incluso a la atención de reconocidos historiadores americanistas extranjeros: Haring, Hamilton, Chaunu, etc., salvo, quizás, Enrique Otte, que se habían ocupado de cuestiones económicas relacionadas con el Imperio colonial español en tiempos del Emperador. Entre tales núcleos documentales cabría destacar los numerosos legajos relacionados con préstamos y riesgos en la financiación de la Carrera de Indias. El trabajo que tenía por delante era ímprobo, si se estudiaba –como yo pensaba–, de manera continuada, desde el inicio del descubrimiento y colonización hasta la independencia. Gonzalo Anes, desde el Banco de España, me animó a que lo acometiese. Lo que pude hacer gracias a las dos ayudas que me fueron concedidas por dicha institución.

En *La financiación* tuve como hilo conductor el análisis cuantitativo del fenómeno del crédito. Trabajo que fui ampliando con incursiones sobre el tema de la aseguración marítima –que venía estudiando desde mis cursos en Prato–, así como la relación entre

moneda, dinero y crédito, merced al apoyo recibido del Instituto de Crédito Oficial y a las nuevas perspectivas abiertas por los contactos napolitanos con De Rosa.

Cuando tenía cerrado el plan investigador entendí que me faltaba una dimensión principal: la que interrelacionaba a España con el Imperio desde el modelo costes/beneficios, pero también por las interacciones producidas entre ambas partes desde perspectivas institucionales y políticas. De ahí surge la idea de *España, proyecto inacabado*, concebida como volumen segundo de una trilogía –en vías de finalizar–, y en la que doy cuenta de mis investigaciones sobre Monarquía e Imperio de España.

- P. *¿Representa La financiación un cambio interpretativo de la Carrera de Indias?*
- R. Bueno, eso es algo que tendrían que señalar otros, si bien los comentarios, críticas y referencias sobre dicho trabajo insisten en ese punto. Al menos, resultó sorprendente que un tema crucial sobre el crédito y una documentación que comprende centenares de legajos hubiesen permanecido inabordables hasta entonces, y que las irrelevantes incursiones que se habían producido sobre ella disparatasen y pusieran de manifiesto que no habían entendido absolutamente nada sobre qué iba el asunto, carentes, tal vez, de una formación previa adecuada.
- P. *Si bien ya hizo referencia, ¿podría concretar ahora la significación/significados de España, proyecto inacabado, de 2005?*
- R. Se trata de un libro que se fue escribiendo durante muchos años, demasiados. En él, con el soporte de una documentación de base deliberadamente cualitativa –o con resultados muy depurados de análisis cuantitativos previos y de los que ya había dado cuenta–, intenté hacer uso de las lecturas acumuladas durante décadas de manuscritos y libros sobre los siglos XVI al XVIII, en bibliotecas diversas esparcidas por España, Europa y América, y relativos a aspectos del Imperio español. De todo ello queda constancia en las notas al final de los capítulos. Y otros aspectos que hube de cuidar y mejorar fueron el soporte teórico, a través de un avance de mis conocimientos y formación en teoría y pensamiento económicos, y la lectura de los clásicos de la ciencia política de la Edad Moderna europea.

Concebí el libro como pauta para reflexionar sobre la Historia de España en su conjunto, a través de la puerta entreabierta

que dejaba vislumbrar las relaciones de monarquía e imperio, y bajo una óptica distinta de cómo hasta entonces era usual hacerlo. Ello me conducía a una España, proyecto inacabado como estado, al no conseguir la integración nacional, por mor de su fracaso colonial. Sus ecos aún resuenan en la actualidad, evidenciando lo mucho que históricamente quedó por hacer y por comprender al pueblo español en una etapa crucial de su historia. Y que, como suele hacer habitualmente, prefirió trampear con soluciones parciales y temporales, para no afrontar la realidad con todas sus consecuencias. Y ello, tal vez, como resultado de la pésima formación histórica de la que nuestro pueblo adolece, así como de la rampante ignorancia de la misma por parte de políticos y tertulianos, que han terminado por hacer bueno el dicho machadiano de despreciar lo que se ignora.

- P. *¿Resulta incompleta a estas alturas historiográficas una Historia de la España moderna que no contemple la imbricación entre Monarquía e Imperio colonial?*
- R. La trayectoria de la historiografía del americanismo es una referencia válida para sopesar la miseria de la historiografía española en su conjunto. Como con lupa, se ven en ella agrandados los fallos, los errores, las ausencias de que adolece. Y no era así en el arranque de tales estudios, allá hacia finales del siglo XIX y comienzos del XX. Pero quedó arrasada la labor desarrollada por historiadores, juristas, archiveros, modernistas, etc. vinculados a la Institución Libre de Enseñanza que la habían impulsado. Dicha labor mostraba a la altura de 1918-1936 un porvenir prometedor, como quedó patente en el XXVI Congreso Internacional de Americanistas celebrado en Sevilla, en octubre de 1935.

Como en otras parcelas del saber, finalizada la Guerra Civil se llevó a cabo por los vencedores una depuración y demolición inmisericorde de personas y centros del americanismo español, que por entonces ya tenían un bien ganado prestigio y reconocimiento internacionales. Las instituciones de nuevo cuño y el personal que vinieron a dirigirlas tras la Guerra Civil –plagiando de manera descarada un proyecto que había surgido en un contexto diferente, de libertad intelectual, de crítica y de excelencia histórica–, entraron en tromba, tras dichas depuraciones, en las universidades y en los centros de investigación relacionados con el americanismo. Los resultados de dicha «sustitución» se pueden evaluar analizando las producciones científicas a partir de la década de 1940 y siguientes.

Incorporaron al americanismo una ideología –religiosa, política y cultural– que primaba por encima de cualquier otra consideración, y que, a la postre, fue responsable del atraso en que la historiografía americanista viose involucrada.

Uno de los errores garrafales fue la división introducida por razones administrativas –pero, en realidad, por algo más perverso aún–, entre la Historia de España y la de América, hasta el punto que se veían como excluyentes. En toda la licenciatura de Historia General solo había una asignatura dedicada a la Historia de América, que pretendía abarcar desde la prehistoria al presente. Una separación que, a mi parecer, fue responsable de la atonía en que se mantuvo el americanismo español durante décadas, aunque también dejó sentir sus efectos negativos en los propios estudios sobre la Historia de la España moderna y, con posterioridad, en el ámbito de nuestra propia disciplina de Historia Económica. Una verdadera desgracia que, al parecer, y con demasiado retraso, se intenta subsanar.

Los hispanistas interesados por la Historia española de la Edad Moderna –y, sobre todo, por la historia del comercio colonial, la demografía e inmigración, las finanzas del Imperio, el impacto de los metales preciosos y las tecnologías mineras, los sistemas de crédito, etc.–, no cayeron en tal error y, durante décadas, a ellos se debieron los trabajos de investigación fundamentales que se fueron publicando. Apartarse de aquellos esquemas dominantes cuando comencé a interesarme por tales temáticas tenía su coste. En mi caso, los asumí con todas sus consecuencias.

- P. *Aunque viene cultivando usted la historia local, regional, de España y de su Imperio, así como aspectos de la historia europea, y desbordando límites cronológicos tradicionales, en sus investigaciones parece predominar el interés por el largo plazo, y los enfoques políticos, sociales y económicos. ¿Una Historia sin adjetivos?*
- R. Siempre ha existido la manía de adjetivar la historia, bien por razones ideológicas, funcionales, administrativas o por las más peregrinas causas que uno pueda imaginar. Compárese a este respecto la simplicidad de las universidades anglosajonas –con un departamento de Historia que lo engloba todo–, con la frondosidad de departamentos universitarios españoles y sus divisiones y variantes para todos los gustos.

Es el afán por buscar compartimentos estancos lo que lleva a dividir y subdividir parcelas historiográficas, de las que cada quisque

se siente rey y señor, en su parcelita reservada y protegida con el cartel bien visible sobre derecho de admisión e, incluso, con la amenaza del *cave canem* si alguno osa franquear la entrada a esos reductos historiográficos artificiales sin los debidos permisos y peajes a pagar. En el fondo, un reflejo más de nuestra tradición de crear carguitos *ad nauseam* –donde suelen perpetuarse casi siempre los más mediocres, si es que aquellos llevan consigo alguna remuneración complementaria y prebendas–.

Es en tales reductos historiográficos donde se forjan y nutren los grupitos que pretenden erigirse en demiurgos del conocimiento histórico, acorde a intereses prefijados y a los que sirven con mayor o menor sectarismo. A mi esa parafernalia me ha importado siempre un bledo. He procurado dotarme, cada vez que inicio un proyecto investigador, de un buen arsenal de lecturas de los clásicos, de un buen estado de la cuestión actualizado por referentes de solvencia –hay mucha paja y basura que hay que saber separar y despreñar–, y hacer de la historiografía crítica el hilo conductor.

- P. *Como componente, por cronología, de la que cabe denominar segunda generación de historiadores económicos, ¿qué continuidades temáticas y metodológicas y qué cambios significativos viene aportando dicha generación?*
- R. Hay que reconocer que los integrantes de esa que usted llama segunda generación de historiadores económicos tuvimos una suerte inmensa. De una parte, contamos con las directrices y apoyo de la serie espléndida de historiadores que, precediéndonos, tuvieron la responsabilidad del renacer de la Historia Económica en España, afianzarla académicamente y hacerla homologable en foros internacionales, y a un alto nivel; sus nombres están en la mente de todos nosotros como los forjadores de la disciplina. De otra parte, teníamos opciones excelentes para elegir temas de investigación, pues casi todo estaba por hacer y, además, pudimos contar con relativa facilidad de ayudas para llevarlas a cabo. De igual modo, nos beneficiamos de la apertura y de los contactos internacionales incipientes con hispanistas interesados en la Historia económica de España.

La continuidad entre una y otra generación venía impuesta, como usted bien señala, por razones de la temática a tratar y por las metodologías aplicadas –durante décadas, señas de identidad de nuestra área en el ámbito general de la Historia de España– que, en suma, recogían los temas esenciales de la disciplina.

- P. *Su obra transita de la agricultura y el mundo rural a las esferas de la energía y de la industria; del comercio, las finanzas, el dinero y el crédito a la empresa, etc. ¿Complementariedades? ¿Interdependencias?*
- R. Mi obra, como usted la llama, es en verdad dispar y dispersa, pero, en cierto modo, sigue una trayectoria similar a la de otros colegas en las últimas décadas. Casi podría decirse que venía impuesta por las circunstancias de cubrir campos de investigación poco transitados aún, y de atender demandas crecientes –nacionales e internacionales– que no se podían obviar.

Lo de la disparidad y diversidad, para mí, es algo que he aceptado y querido, y que nunca he tratado de eludir, porque me ha abierto horizontes y perspectivas nuevas, y refleja las situaciones cambiantes personales que he conocido en mi trayectoria investigadora, así como las diversas motivaciones que en cada momento la animaban. En suma, reflejaría mi decisión de aprovechar las oportunidades que se me ofrecían, optimizando costes de oportunidades y resultados.

Me llamó siempre la atención –y tuvo consecuencias muy directas en mí– la facilidad y habilidad con la que los historiadores anglosajones –y más aún, los norteamericanos– transitaban de unos temas a otros, divergentes, sin solución de continuidad. Entre los franceses, el antídoto contra la especialización en exclusividad era la tesis secundaria que estaban obligados a presentar los aspirantes al Doctorado de Estado y que debía versar sobre una temática, cronología y metodología por completo distinta de lo que era el meollo sustancial de la tesis propiamente dicha.

Se trata de una buena práctica para curarse de las torres de marfil, de los encasillamientos que acaban siendo, por reiterativos, infructuosos, con unos rendimientos decrecientes muy notorios, como se podría atestiguar en multitud de casos de historiadores superespecializados. Eso es algo que, como adelantase Bertrand Russell, ni siquiera hoy funciona en la física o en las matemáticas, más interactivas que nunca con el resto de saberes, retos y problemas. El pensamiento liberal de los enciclopedistas fue, en su tiempo, un aldabonazo frente a una especialización sin proyecto social y general, como antes lo había sido el espíritu humanista del Renacimiento y la primera revolución científica de los siglos XVI y XVII.

- P. *Pasado y presente: ¿guarda semejanza la atención a las finanzas por parte de la Monarquía compuesta de nuestra Edad Moderna con el «esplendor» monetario, crediticio y financiero de los últimos tiempos?*

R. En términos relativos, por supuesto, como dos gotas de agua. No hay más, para confirmar su pregunta, que enumerar los libros que en estos últimos años –en especial, desde que se desencadenó la crisis– se vienen publicando sobre temas de finanzas, cuestiones monetarias, crediticias, etc., con visión retrospectiva hasta llegar al análisis del presente. Y, como ambos sabemos muy bien, el caso español en perspectiva histórica ha venido siendo –cada vez que se habla de crisis financiera– casi un paradigma. Recuérdese la llegada de Earl J. Hamilton a España, por ejemplo, y bajo qué circunstancias tan presentistas llevó a cabo su investigación sobre precios, inflación y política monetaria. O los estudios de los monetaristas e institucionalistas alemanes desde el último tercio del siglo XIX. Incluso el propio Keynes, o Hayek, como sabemos, se refirieron al tema, aunque fuese de manera colateral.

P. *Por su experiencia de haber conocido desde fechas tempranas la imprevista de influjos exteriores –hispanismo francés y otros ya citados– en la historiografía española, ¿considera usted que pudiera hablarse de un cierto paralelismo con esa otra apertura española hacia el exterior en otros campos de actividad –política, empresa, cultura, etc.–?*

R. Es acertado el paralelismo que describe. Posiblemente en ninguna otra etapa anterior de la historia española la internacionalización de la empresa española y su apertura al exterior haya sido como en la presente. Y, haciendo bueno el símil, podría decirse, de igual modo, que tal vez no haya habido, en época pasada, una situación de aprecio y reconocimiento internacional de la historiografía española –en todas sus variantes, y no sólo en la Historia económica– como la que hoy tiene. Más aún, la historiografía española, que ha sido, por tradición, casi exclusivamente doméstica, comienza a abrirse a campos, geografías, y temáticas extrahispánicas. Lo que sin duda alguna es un síntoma muy favorable.

Años atrás, en los foros internacionales –cuando se podía participar en ellos– había que ir dando explicaciones detalladas de cuestiones muy elementales sobre nuestra historiografía, por el desconocimiento y desinterés que había sobre la historia española y, en particular, sobre la contemporánea –salvo entre los hispanistas, verdadera «marca España» de la historiografía hispana en el exterior durante décadas–. Comprenderá que quienes tuviesen vocación de presencia internacional hubiésemos de recurrir a las conexiones que a través de los foros circundantes –con mayor y mejor desarrollo historiográfico– podían ofrecerse.

- P. *En efecto, el avance y reconocimiento de la historiografía española en el transcurso de las últimas décadas es evidente. Y nuevas interrogantes alientan las investigaciones que ahora se llevan a cabo. ¿Podría referirse a algunas de ellas?*
- R. Asentado el progreso notorio de la historiografía española en las dos o tres últimas décadas hasta hoy, la interrogación que me formula es compleja de contestar, pues dichos avances han sido uniformes y afectan por igual a la prehistoria y arqueología, a los estudios medievales, a la historia institucional, social y política de los tiempos modernos y contemporáneos, a la historia cultural y de las mentalidades, y, por supuesto, a la propia Historia Económica y Empresarial. Ha sido un gran acierto en nuestra renovación historiográfica que el ritmo de progreso y excelencia de las investigaciones haya sido uniforme y generalizado. Lo que, sin duda, ha generado, entre las diversas disciplinas y orientaciones, verdaderas sinergias, de las que todas se han beneficiado, al tiempo que han contribuido a mejorar la cualificación internacional de la que hoy goza. Menos mal que en este punto no vale el dicho que todo tiempo pasado fue mejor.
- P. *Si le parece, abordemos otra cuestión medular de nuestro pasado y presente. Suele usted referirse al déficit crónico de la educación en un país que ha universalizado la enseñanza, multiplicado los institutos y universidades y cambiado repetidas veces legislaciones y planes de estudios. Desde su experiencia, ¿qué razones explican ese déficit crónico?*
- R. Ramón Carande –recorría ya el último tramo de su longeva vida– solía decir, cuando le hacían preguntas de esta índole, que el déficit crónico, secular, de la educación española –en todas sus facetas–, radicaba y arrancaba en la escuela primaria. Como usted sabe, desde edad muy temprana y durante décadas he conocido la enseñanza, por ejercicio docente directo, en todos sus niveles y escalas: primaria, media, profesional, magisterio, universitaria... ¡Y cada vez recuerdo y comparto más la opinión de nuestro admirado maestro!

En todos los momentos serios de reforma en España, durante siglos, en tiempos de libertad y progreso social, político y económico, la educación primaria ha sido uno de los principales indicadores –si no el primero– a considerar. Y tener maestros instruidos, competentes y dignos en una sociedad libre, que aprecie y fomente su quehacer, ha sido un punto inexcusable de los programas

reformistas. Lo asumieron los institucionalistas (ILE), y posiblemente fue, pese a su brevedad, el aporte más enriquecedor de la II República a la historia española.

Los pedagogos que de un tiempo a esta parte –franquismo, transición, actualidad– gobiernan la educación en nuestro país, consideran que todo se reduce a dictar leyes y planes de estudios; a multiplicar las casuísticas administrativas e inspectoras-represoras; a engordar una burocracia infinita; a empujar a legiones de «desertores de la tiza» a buscar cobijo en las covachuelas del poder político, por su incompetencia manifiesta para ejercer de docentes, a cualquier nivel, con decencia y competencia. También consideran que todo se reduce a controles y premios –trienios, cuatrienios, quinquenios, sexenios, septenatos, etc.–, que con palo y zanahoria se distribuyen por las burocracias educativas, políticas y administrativas –¿qué otra cosa, si no, son los actuales sistemas de recompensas monetaria a los docentes?–, so color de una excelencia y competencia de la que ellos –políticos, burócratas y pedagogos– carecen.

- P. *Durante años ha tenido usted responsabilidades y ha organizado cursos en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, en su sede de Sevilla. Y, ahora, también esos cursos de primavera y otoño en los que se viene involucrando a través de la Fundación FOCUS. ¿Representan otra apuesta por el conocimiento y la calidad a través de cursos de alta especialización?. ¿Desde atalayas tan privilegiadas se perciben cambios en el quehacer científico y educativo en esta ciudad?*
- R. El espíritu que anima a la «Menéndez» y que pusieron en práctica sus fundadores –internacionalismo, pluralidad, transversalidad de conocimientos, apertura social, etc.– se aproxima a valores que siempre he buscado en mi ejercicio docente. Por ello, cuando se estableció una sede en Sevilla, fue para mi muy grato ser el primer director y organizar el curso inicial. Más tarde, con José Luis García Delgado como rector, mi vinculación se hizo más estrecha e intensa durante años, y así con los dos rectores siguientes. Una experiencia muy grata, gracias al apoyo de los directores/ras de la sede sevillana en esos años, y a la participación modélica del Consejo Académico que creamos.

También encontramos apoyo sólidos en sectores de la sociedad sevillana que entendieron nuestra apuesta. En el ámbito empresarial privado y de las Fundaciones –a destacar la estrecha

colaboración de la Fundación Focus-Abengoa y sus Escuelas sobre Barroco y Energía a las que usted alude-, y en ciertos ambientes del sector público. Año tras año, nos permitieron llevar al otoño y primavera sevillanos una Universidad que iba más allá de lo lúdico, de antaño, o de las clonaciones de hogaño.

- P. *Si le parece bien, vamos a finalizar. Desde la Historia y en este presente que día tras día es Historia, ¿España, aún, «proyecto inacabado»? ¿El poder de una retórica manida y oscurantista puede seguir tergiversando la realidad histórica de España? ¿Cómo abordar las relaciones entre la antigua metrópolis y sus excolonias americanas? Y, en nuestro entorno más próximo, ¿se renueva el «secular atraso andaluz»?*

Con su «pregunta», más bien parece invitarme a reiniciar la entrevista. Plantea usted cuestiones que desbordan mi tarea de historiador y que se imbrican con mis compromisos cívicos. En *España proyecto inacabado* –y en la continuación con la que pretendo cerrar la trilogía– quise manifestar, en perspectiva histórica, los andamiajes –a veces, mal hechos–, en que se sustenta la realidad histórica de España –aunque no exactamente en el sentido de don Américo–, desde los inicios de la construcción del Estado español, y su interrelación con el Imperio hasta la contemporaneidad.

En cuanto a las excolonias americanas me parece que aún persiste operativo un imaginario que de una vez por todas habría que desechar a uno y otro lado del Atlántico, caldo de cultivo de la peor retórica sobre la historia hispana y americana.

Por último, me hace guiños sobre una Andalucía que arranca su tercer siglo de «atraso relativo continuado» respecto a medias española y europea y contra viento y marea: baja renta, paro endémico, clientelismos denigrantes, despilfarros sonrojantes, atraso cultural de toda índole, sociedad cívica de baja intensidad y carente de firmes principios éticos, etc. Parece que de nada sirven –en dictadura y en democracia– los activos de los que pudiera disponer –que los tiene–. Por lo que explicar ese atraso pertinaz donde convergen responsabilidades de gobiernos, durante décadas, de derechas e izquierdas, progresistas y conservadores, resulta más complejo que se si se hubiese producido todo lo contrario: es decir, que Andalucía se hubiese convertido en la California del sur de Europa. ¡Menuda tarea tienen por delante los jóvenes historiadores!

Profesor Bernal, si desea usted añadir algo más, suya es la palabra. Por mi parte, de nuevo la enhorabuena por tan fecunda y generosa trayectoria profesional y cívica. Muchas gracias.

Gracias por su invitación para alargar la entrevista. Pienso que, con lo ya dicho, he hablado de más. Quizás, enfatizar mis afanes europeístas actuales, de una historia de Europa que ejerció –según recojo en un reciente artículo, «Moribunda Europa», título que tomo prestado de la intervención de un reconocido erasmista español en la Universidad de Colonia, hacia mediados del siglo XVI–, la tarea de crear libertades, organizarse en democracia y fundamentar los pilares del bienestar.

Sevilla, verano de 2014
SANTIAGO TINOCO RUBIALES

(Agradezco la contribución en la confección de esta entrevista de mis colegas, profesores Isabel Lobato Franco, Antonio Macías Hernández, José Ignacio Martínez Ruiz y Carlos Martínez Shaw)